



EL AUTOR DE ESTA CORTA REFLEXIÓN, nacido en Luanshya (Zambia), fue *Reader* de Filosofía en el Birkbeck College de la Universidad de Londres y colaborador de varias revistas académicas inglesas. Experto en filosofía para la vida cotidiana, descubre ante sus lectores el sentido de las cosas y de las acciones que nos rodean en la vida diaria, inspirado en una máxima de Antoine de Saint-Exupéry —el autor de *El Principito*— que nos recuerda que el sentido de las cosas no yace en las mismas cosas, sino en nuestra actitud hacia ellas. En el fondo, se trata de la advertencia de Sócrates respecto de que una vida irreflexiva no merece ser vivida, por ser vulnerable al azar y dependiente de los prejuicios de los otros. Esta reflexión sobre la educación fue publicada originalmente en el suplemento sabatino del periódico *The Guardian* de Londres y traducida al español por Carlos Schroder, con destino a la marca editorial Ares y Mares que dirigió Carmen Esteban. Por su propósito educativo se ofrece a los lectores de la *Revista de Santander*.

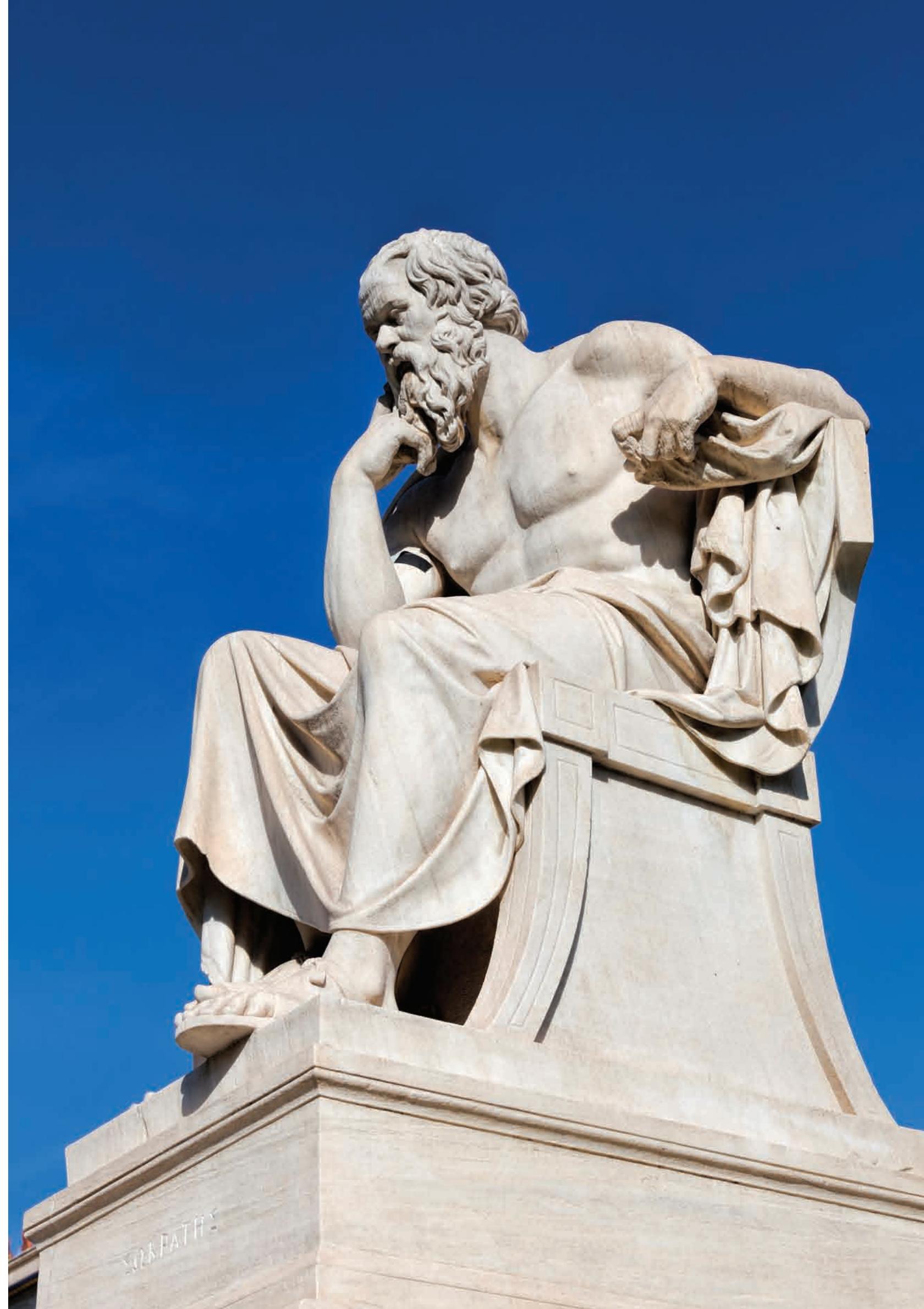
**L**a educación, y especialmente la “educación liberal”, es lo que hace que la sociedad civil sea posible. Esto significa que tiene una importancia aun mayor que su contribución al éxito económico que, lamentablemente, es para lo único que los políticos piensan que sirve.

Para entender el rol civilizador y ético de la educación liberal, necesitamos huir de las estrechas definiciones de “moralidad” —tal como son concebidas en los tiempos modernos— y volver a una concepción de la “ética” clásica más amplia. El concepto opera hoy de tal modo que la moralidad se aplica solo a una parte de la vida —a algunos aspectos de las relaciones humanas y algunos aspectos del carácter y el comportamiento—. Nadie piensa que el comer plátanos sea un asunto de la moral, ni si una persona elige trabajar en un banco o en una empresa constructora, ni de qué color pinta su casa. Los

Sócrates.

antiguos griegos pensaban de otro modo. Para ellos, toda la vida es un asunto ético: uno vive y hace el bien como persona, y tanto el florecimiento personal como el efecto de cada uno en los otros fluye de la totalidad del carácter personal. Por esta razón, la vida tiene que ser “reflexionada” —recordemos la afirmación socrática— y solo puede serlo si está informada. Y es aquí en donde hace su entrada la educación liberal.

Por “educación liberal” se entiende la educación que incluye literatura, historia y aprecio de las artes, y que les otorga la misma categoría que a los temas científicos y prácticos. La educación en estas áreas abre la posibilidad para nosotros de vivir más reflexivamente y con conocimiento, especialmente sobre el espectro de la experiencia y los sentimientos humanos, tanto en el aquí y ahora como en el pasado y en todo lugar. Esto, a su vez, nos ayuda a comprender mejor los intereses, necesidades y deseos de los de-



SOKRATES

más, para que podamos tratarlos con respeto y simpatía, importa lo diferentes que sean sus opciones o las experiencias que hayan dado forma a su vida. Cuando el respeto y la simpatía son recíprocos, el resultado es que los vacíos que pueden crear fricción entre la gente e, incluso, en última instancia, dar lugar a una guerra, pueden salvarse o por lo menos tolerarse. Con esto último es suficiente.

Esta visión es utópica; no cabe duda de que existían oficiales de la SS alemana que leían a Goethe y escuchaban a Beethoven, y que luego iban a su trabajo en las cámaras de gas para asesinar judíos; así que la educación liberal no produce mejores individuos de forma automática. Pero sí lo hace con mucha más frecuencia que la estupidéz y el egoísmo que surgen de la falta de conocimiento y el empobrecimiento del intelecto.

La educación liberal es un ideal en extinción en el Occidente contemporáneo, muy especialmente en las regiones angloparlantes. La educación está restringida en su mayor parte a los jóvenes, y ya no es la educación liberal como tal, sino algo menos ambicioso y dirigido demasiado exclusivamente hacia el fin específico —de todas maneras, por supuesto, muy importante— de la capacitación para un empleo. Esto es una pérdida, porque el objetivo de la educación liberal es producir gente que pueda seguir aprendiendo una vez haya terminado su educación for-

mal; gente que piensa, que pregunta, y que sabe cómo encontrar respuestas cuando las necesita. Esto es especialmente importante en el caso de los dilemas políticos y morales en la sociedad, los cuales siempre se darán y siempre necesitarán ser revisados; por lo que los miembros de una comunidad no pueden darse el lujo de no reflexionar y estar mal informados, si la sociedad civil ha de ser sostenible.

La educación en los niveles superiores es cara, y requiere de una importante inversión de la sociedad. Pero conseguir el objetivo de una educación de alta calidad nos ofrece gratificantes premios. Nos asegura la producción de una mayor proporción de gente que es más que mera carne de cañón en la lucha económica, ayudándolos tanto a obtener como a brindar más en sus experiencias sociales y culturales, y a llevar vidas más plenas y participativas, tanto en su trabajo como fuera de él —especialmente en las amenidades del intercambio social, y en las responsabilidades del compromiso cívico y político—. La gente que está mejor informada y es más reflexiva, es más proclive a ser considerada que aquellos que son —y a quienes se les permite permanecer— ignorantes, obtusos, egoístas y descorteses en el sentido profundo que caracteriza tantos aspectos de la experiencia humana de hoy.

No se puede negar que la educación es una preparación esencial para la vida y el trabajo en una economía avanzada. Las economías modernas requieren de habilidad y de trabajadores motivados, que podrán beneficiarse de las oportunidades que se les presenten solo si están preparados para responder a sus demandas. Mucho de lo que sabemos se basa en conocimientos previos.

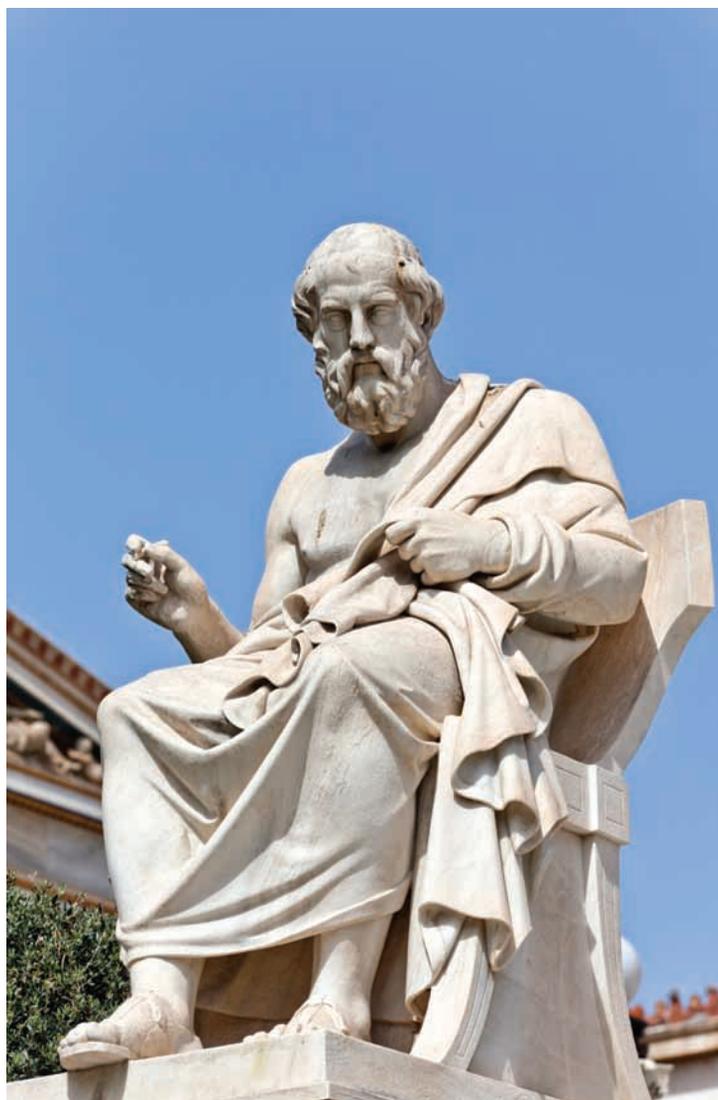
Pero una gran parte del problema de la educación es que esa conexión se ha vuelto demasiado directa. Aristóteles decía que nos educamos para así poder hacer un noble uso de nuestro tiempo libre; esta es una concepción directamente opuesta a la creencia contemporánea de que nos educamos en

Aristóteles decía que nos educamos para así poder hacer un noble uso de nuestro tiempo libre; esta es una concepción directamente opuesta a la creencia contemporánea de que nos educamos en orden a obtener un trabajo.

orden a obtener un trabajo. A tal punto la visión contemporánea distorsiona el propósito de la escolaridad, apuntando, no al desarrollo de los individuos como un fin en sí mismo, sino como instrumentos del proceso económico.

La clave es distinguir la *educación* respecto de la *instrucción*, reconocer que la gente necesita de ambas, y no tener vergüenza alguna frente a lo que esta última requiere. Los niños más pequeños necesitan ser instruidos en las tablas de multiplicar, en la lectura y la escritura, del mismo modo que un atleta entrena su cuerpo: hace falta dirección, repetición y práctica. Cuando los niños adquieren estas habilidades, las pueden utilizar para reflexionar, les da también la confianza y los materiales para sacar ventaja del paso siguiente, la educación propiamente dicha: el proceso de aprender a pensar y a saber cómo encontrar y usar la información necesaria. Sobre todo, la educación requiere refinar la capacidad de juzgar y evaluar; Heráclito señaló que el aprendizaje es solo un medio destinado a un fin, que es el entendimiento. Y el entendimiento es el fin último de la educación.

“Educación”, etimológicamente, significa “guiar” o “sacar a la superficie”, una idea que debe su origen a una improbable pero largamente influyente teoría presentada por Platón. Él creía que nosotros tenemos almas inmortales preexistentes que durante su estado incorpóreo conocen todas las cosas, pero que las olvidamos al nacer. Según la teoría platónica, aprender es por lo tanto recordar; la escolaridad es la actividad de traer a la superficie lo que desde tiempo inmemorial está depositado en nuestras mentes. La teoría fue modificada hacia direcciones más sensatas por pensadores posteriores, quienes vieron la educación como una tarea sobre los talentos y capacidades implícitos en el individuo, más que como conocimiento innato. Esto estaría más cerca de la verdad: todavía creemos que los dones humanos pueden florecer si se les da la oportunidad. ✨



FOTOGRAFIA SHUTTERSTOCK

Platón.

El objetivo de la educación liberal es producir gente que pueda seguir aprendiendo una vez haya terminado su educación formal; gente que piensa, que pregunta, y que sabe cómo encontrar respuestas cuando las necesita. Esto es especialmente importante en el caso de los dilemas políticos y morales en la sociedad, los cuales siempre se darán y siempre necesitarán ser revisados.